



biblioteca abierta

colección general **estudios interdisciplinarios**

La hegemonía conservadora

La hegemonía conservadora

Rubén Sierra Mejía

editor



2018

La hegemonía conservadora / Rubén Sierra Mejía, editor – Primera edición. – Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Filosofía, 2018.

564 páginas : ilustraciones (algunas a color), diagramas, planos (Colección general biblioteca abierta. Serie Estudios Interdisciplinarios ; 467)

Incluye referencias bibliográficas e índices de materias y nombres.

ISBN 978-958-783-313-3 (rústica). – ISBN 978-958-783-312-6 (e-book).

1. Pensamiento – Colombia 2. Cultura – Colombia 3. Republicanismo 4. Partido conservador – Colombia 5. Huelga de las bananeras (Colombia) – 1928 6. Colombia – Historia – Hegemonía conservadora, 1885-1930
7. Colombia – Historia – Separación de Panamá, 1903 I. Sierra Mejía, Rubén, 1937-, editor II. Serie

CDD-23 986.1 / 2018

La hegemonía conservadora

© Biblioteca Abierta

Colección General, serie Estudios Interdisciplinarios

Cátedra de Pensamiento Colombiano

© 2018, Universidad Nacional de Colombia,
sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas,
Departamento de Filosofía

© Editor, 2018
Rubén Sierra Mejía

© Varios autores, 2018

Primera edición, 2018

ISBN impreso: 978-958-783-313-3

ISBN digital: 978-958-783-312-6

Camilo Umaña
Diseño original de la colección

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas

Comité editorial

Luz Amparo Fajardo Uribe, Decana
Nohora León Rodríguez, Vicedecana Académica
Constanza Moya Pardo, Vicedecana de Investigación y Extensión
Jorge Aurelio Díaz, Director *Revista Ideas y Valores*
Carlo Tognato, Director del CES
Rodolfo Suárez Ortega, Representante de la Unidades Académicas Básicas

Preparación editorial

Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas
editorial_fch@unal.edu.co
www.humanas.unal.edu.co
Te. 316 5000 ext. 16259
Camilo Baquero Castellanos, director
Angélica M. Olaya, coordinación editorial
Juan C. Villamil N., coordinación gráfica - maquetación
Pablo Andrés Castro Henao, corrección de estilo

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Contenido

RUBÉN SIERRA MEJÍA	
Prólogo	9
TOMÁS BARRERO	
La paradoja del republicanismo	17
RUBÉN SIERRA MEJÍA	
<i>Idola Fori</i>: cien años de lectura	45
DAVID JIMÉNEZ	
Sobre algunos temas en la novela colombiana (1895-1930)	79
EGBERTO BERMÚDEZ	
Santos Cifuentes (1870-1932): la profesión musical en Colombia en las dos primeras décadas del siglo xx	203
LEONARDO TOVAR GONZÁLEZ	
Perfección y evolución: filosofar en los novecientos.	
Aproximación a la filosofía en Colombia (1901-1930)	257
CLARA HELENA SÁNCHEZ	
Julio Garavito Armero y el desarrollo de la ciencia en Colombia	291
IVÁN GONZÁLEZ PUCCETTI	
Voces: el debate cultural de la época	323
ROCÍO LONDOÑO	
Estética, civismo y regulación urbana: la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá (1898-1930)	381

LUIS CARLOS COLÓN LLAMAS

**Ingeniería, medicina y urbanismo: el papel de las ideas
higienistas en los cambios urbanos de Bogotá en la primera
mitad del siglo xx**

439

BEATRIZ CASTRO CARVAJAL

**Los médicos y las políticas de asistencia social
en Colombia (1900-1930)**

507

Acerca de las autoras y los autores

537

Índice de materias

543

Índice de nombres

553

Prólogo

COMO LOS ANTERIORES LIBROS de esta serie, *La hegemonía conservadora* no tiene el propósito de ofrecer un panorama completo y orgánico de los temas y las tendencias de la cultura de todo el período que cubre. Solo nos hemos propuesto abordar aspectos que no habían sido objeto de atención por parte de los historiadores o que merecían un nuevo tratamiento de acuerdo con los intereses intelectuales de ahora. La variedad de temas y la diversidad de enfoques y puntos de vista adoptados en los ensayos que conforman el volumen, provienen de las diferentes disciplinas científicas de sus autores, pues el seminario es, por definición, multidisciplinario, conformado por un grupo de investigadores que no se proponen una conclusión final de los problemas de que tratan sus investigaciones particulares.

Como se lo podrá ver en los libros publicados hasta ahora¹, el objeto de estudio de esta serie de ‘Pensamiento colombiano’ no ha sido propiamente la cultura, en el sentido usual del término. Sin haberlo

1 Los otros volúmenes son: *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002; *El radicalismo colombiano del siglo XIX*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2006; *República liberal: sociedad y cultura*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2009, y *La restauración conservadora*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2012.

formulado expresamente, la palabra ‘pensamiento’, más vaga que la de cultura, nos ha servido para evitar una definición comprometedora de esta última, pues no es propiamente la forma clásica de lo que se entiende por cultura el objetivo de nuestro estudio, aunque con frecuencia algunas de las contribuciones se ajustan estrictamente al significado tradicional de esta palabra. La vaguedad a que me refiero proviene de ser la palabra ‘pensamiento’ un concepto muy amplio, que cobija a todos los productos de la llamada cultura como también a todas aquellas manifestaciones que han dejado testimonios que explican fenómenos que marcaron momentos decisivos en procesos sociales de alguna significación. El corpus con que hemos trabajado no se reduce a la obra de arte o científica de cierta relevancia en la historia del país. A ese *corpus* se ha incorporado toda expresión escrita que pueda informar sobre la trayectoria cultural y social de Colombia y que, por consiguiente, permita de alguna manera la reconstrucción del carácter de una época.

Hubiéramos podido conservar la palabra ‘cultura’, pero aceptando una variación en el uso que se le da comúnmente al término. Peter Burke habla justamente del cambio que se ha operado en la historiografía que tiene a la cultura como su objeto. Ya no es el estudio de los clásicos de una época o de una lengua o un país, que había sido la tradición de la historiografía clásica, sino todos aquellos fenómenos que sirven para identificar a un período de la historia de una nación, sin tener en cuenta su valor artístico o su originalidad de pensamiento. Esa variación del término ‘cultura’ rompe entonces con una tradición de escribir la historia que se remonta a Jacob Burckhardt —en este caso estoy utilizando libremente ideas de Burke—, tradición que centraba el estudio de la historia de la cultura en las figuras descollantes de un período, como la Grecia clásica, el Renacimiento, la Ilustración, el Romanticismo alemán, etc. Fue una tendencia u orientación que dejaba de lado personalidades o movimientos que eran considerados carentes de valor intrínseco pero que, estudiados por sus impactos sociales, han sido fundamentales en la formación de la personalidad histórica de un pueblo.

Es aquella —la *clásica*— la orientación de una obra de singular valor para nuestros estudios como es el libro de Jaime Jaramillo Uribe,

El pensamiento colombiano del siglo XIX: aquí son los escritores tradicionalmente reconocidos como los clásicos y sus libros fundamentales los que conforman el acervo básico de documentos. Sin embargo, el *corpus* para una historia de las ideas que pretenda esclarecer la tendencia del pensamiento y los sentimientos predominantes en un determinado período de la historia no puede estar constituido solo de textos u obras de arte *clásicos*, cuyo interés se ha mantenido vigente durante un largo período histórico y al que identificamos de inmediato con los tiempos en que fueron escritos, pero que en muchas ocasiones se marginan del ambiente espiritual de su propia época. Las cartas privadas y los documentos públicos, así como los libros ocasionales, son también material de estudio. También lo son figuras secundarias cuya actividad en la vida social y política del país no fueron memorables, pero que en cierto momento pudieron dejar un testimonio iluminador de un problema o bien porque su actividad como escritores ofrecen rasgos propios de su época. Se abandona allí la concepción burkhartiana para prestar atención a activistas sociales que no sobresalen por una obra escrita, de un valor literario o ideológico original, independientes de su momento y sus circunstancias. Son, no obstante, escritores y movimientos que dejaron su impronta en la historia de las ideas o del pensamiento.

En todo trabajo como el que se hace en la Cátedra de Pensamiento Colombiano, hay una pregunta implícita. Es la pregunta por su utilidad. ¿Será simplemente la de conservar por medios confiables la memoria de lo que ha hecho el hombre en el campo de la cultura o de las ideas? No es esta una finalidad que debemos desdeñar, y creo que en sí es esencial para cualquier otro objetivo que se le quiera atribuir. Es además una respuesta que, aun cuando recordada con frecuencia, no deja de ser oportuna. Sin embargo, ese estudio tiene otros propósitos que son, a nuestro entender, los primarios, los esenciales, y que, por esto mismo, justifican todos los esfuerzos que se hagan en su favor. Me refiero a que las investigaciones a propósito —no es idea original mía; es por el contrario muy reiterada— nos ofrecen conocimientos útiles acerca de lo que somos en el momento actual. Desconocer nuestro pasado puede conducir a acciones desacertadas sobre problemas de ahora; no porque las soluciones anteriores sean aplicables al presente —pues todo

hecho histórico es único y merece que se lo estudie con sus referencias propias—, sino porque la experiencia suministra criterios de innegable utilidad en el análisis de nuevas circunstancias, «para orientarnos en el presente en que vivimos». Es lo que Carl R. Schorske llama «pensar *con* la historia», esto es, en sus mismas palabras, utilizar «el material del pasado, así como el empleo de las configuraciones en las que lo organizamos y comprendemos».

No enfrentar el estudio de la historia es sencillamente renunciar a tener una imagen propia, formada en una mirada crítica de introspección, por así decirlo, que servirá para corregir errores pretéritos y, por consiguiente, para dar lucidez a las respuestas que requieren los problemas actuales. Naturalmente, debo confesarlo, no siempre se le ha asignado a los estudios de historia la tarea que he recordado. Ha habido, por el contrario, una historia oficial que ha tenido la misión de crear héroes y acontecimientos gloriosos con los que se busca dar unidad a la nación, cohesionar un sentimiento nacionalista, aunque para esto se viole la objetividad del material documental que se aduce en favor de aquella función patriótica. Se comprenderá, entonces, que entre los propósitos de la cátedra haya estado siempre presente ofrecer elementos para la formación de la conciencia nacional, a través de la recuperación, el análisis y la crítica de la obra de los escritores y de los estadistas, como también de programas políticos y sociales que en el devenir cultural colombiano han tenido como objetivo pensar los problemas y ofrecer criterios de solución de las diferentes épocas que conforman nuestra historia. El estudio, y la apropiación crítica de nuestra tradición en el campo de las ideas —un estudio que requiere del concurso de muchas disciplinas—, es condición para hacernos a una imagen más exacta del carácter de nuestra nacionalidad y de sus carencias.

Ahora bien, sería un acto contrario a la honestidad intelectual afirmar que el trabajo que ha venido adelantado la cátedra sobre ‘Pensamiento Colombiano’ es, por su orientación, una labor novedosa dentro de la producción bibliográfica actual de Colombia. Por el contrario, es notorio el aumento, en las últimas décadas, de libros y ensayos que se ocupan de la historia de la cultura o de las ideas o de formas muy específicas de la actividad humana. El hecho muestra, sin duda, el propósito de corregir al menos la negligencia por los estudios de este

campo historiográfico que se venía observando en el país. Puede decirse que con escasas, aunque apreciables excepciones, desde la publicación, en 1963, del citado libro de Jaramillo Uribe, la historia de la cultura colombiana no era un tema atractivo para nuestros investigadores. Era perceptible, en cambio, el menosprecio por los procesos culturales con la sola excepción de las historias referidas a la literatura, al arte o a la ideología de momentos decisivos de nuestra historia política, como lo fue el movimiento de la emancipación.

Afortunadamente la situación ha cambiado. Hoy cuenta el país con historiadores de formación académica que están haciendo aportes sustantivos que corrigen la tendencia a que me refiero. Es frecuente, además, por parte de profesionales de las ciencias —sociales y exactas—, la publicación de libros y artículos sobre la historia nacional de sus respectivas disciplinas, lo que es indicio de su interés por conocer la trayectoria de nuestra producción científica, como la medicina, las matemáticas, la botánica, al lado de los estudios sobre la literatura, la música, la pintura, la arquitectura, la sociología, la filosofía, la antropología, el humanismo propiamente dicho y, también, la actividad historiográfica misma. No se trata, muchas veces, de hacer el estudio histórico de una producción original, sino de analizar el proceso de aclimatación en el país de esas ciencias o esas disciplinas, incluso de las profesiones liberales. Puede decirse que en buena parte esos libros o ensayos se refieren a la recepción que se ha hecho en Colombia del pensamiento científico o humanístico producido en países de un intenso desarrollo en el campo de la investigación. Naturalmente un estudio de estos puede informarnos mucho sobre nuestro propio carácter, sin importar la originalidad del producto científico.

Aquella negligencia por el estudio de la cultura no era un fenómeno particular de nuestra tradición historiográfica. Peter Burke llama justamente la atención sobre el hecho de que «la historia cultural, antaño una cenicienta entre las disciplinas, se redescubrió en la década de 1970». No puedo afirmar que el juicio del historiador inglés explique, como si se tratara de un reflejo, el interés colombiano de las últimas décadas sobre lo que hemos producido en el campo de historia de la cultura. Me basta simplemente dejar constancia de lo que acaece en la producción bibliográfica colombiana y observar que no es un

fenómeno aislado sino compartido con la tendencia que se advierte en el mundo académico mundial. Tampoco me interesa emitir un juicio sobre su valor científico, de establecer su aporte original a los procesos universales en el tema que nos compete, sino solo explicar nuestro propio trabajo y valorarlo no a partir de resultados comparativos, sino en su significación interna.

No obstante lo anterior, es de justicia reconocer que Colombia cuenta con una tradición no despreciable, en los estudios de la historia de la cultura. Desde el siglo XIX, cuando José María Vergara y Vergara publica su *Historia de la literatura de la Nueva Granada*, se ha mantenido este interés, pero limitado, en lo fundamental, a las artes literarias. La importancia para mí, en este momento, de la figura de Vergara y Vergara, radica en que este inaugura, con su obra, los estudios de la historia de la cultura en sentido amplio, pues su objetivo no se circunscribió a lo que hoy se entiende propiamente por literatura —la poesía, la narración, el teatro, el ensayo—, sino que amplió el concepto a las disciplinas cuyo medio de expresión es el lenguaje, sin aducir las intenciones artísticas del texto y el desinterés por la utilidad expresado en los propósitos de este. También se ocupa de obras específicamente historiográficas, de pensamiento político, de programas científicos, de instituciones culturales, etc. El período que abarca es largo, pues va desde Gonzalo Jiménez de Quesada —esto es, los inicios de la conquista—, hasta la época de la Independencia. Podría decirse que es la suya una historia con cierto detalle de la cultura de la época colonial.

Este libro es producto del trabajo realizado por la Cátedra de Pensamiento Colombiano, adscrita al Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Es el quinto tomo de los dedicados a períodos determinados de nuestra historia cultural. El período que cubre este volumen es conocido en la historia de Colombia como ‘Hegemonía conservadora’, un período delimitado por dos hechos trágicos en la historia nacional, dos hechos en los que Estados Unidos tuvo una participación decisiva, queriendo demostrar así su voluntad de defender por encima de la soberanía de cualquier país sus propios intereses. Esos dos hechos son la separación de Panamá en 1904 y la matanza de las bananeras en 1929.

No obstante lo anterior, fueron tres décadas durante las cuales Colombia disfrutó de una paz sin desmayos favorecida por dos bonanzas económicas provenientes la una de la naciente industria cafetera y la otra de la indemnización americana por los perjuicios que le había ocasionado a Colombia el despojo del Canal de Panamá. Ambas bonanzas permitieron a los gobiernos de entonces atender a las necesidades de obras públicas esenciales para el desarrollo económico y social de Colombia, y al partido conservador mantener su hegemonía durante los primeros 30 años del siglo xx.

Aunque durante todos estos años el clero católico tuvo un poder político con el que pudo imponer, a través de la educación, unos criterios represivos de conducta e ilustración, fueron años particularmente favorables a una producción literaria totalmente independiente de las orientaciones eclesiásticas. Fue en estas décadas cuando empezaron a cambiar las orientaciones de nuestra literatura para dar inicio a nuevas tendencias en la novela, en la poesía y aun en el ensayo: José Eustacio Rivera, Tomás Carrasquilla, Porfirio Barba Jacob, Luis Carlos López, Carlos Arturo Torres, Baldomero Sanín Cano y Alejandro López abrieron los horizontes del país hacia una cultura moderna, crítica del pasado nacional y de las claudicaciones del momento. La revista *Universidad*, fundada y dirigida por Germán Arciniegas ya al final del período que cubre este nuevo volumen de la Colección Pensamiento colombiano, ayudó a romper, aglutinando a los mejores escritores de Colombia, con el espíritu que se respiraba.

Rubén Sierra Mejía